

PRIMER PREMIO MODALIDAD RELATO CORTO CATEGORÍA ADULTOS.

VUELTA A CASA. Julio Montesinos Barrios. Córdoba

El jurado de esta vigesimoprimera edición del certamen *Villa de Iznájar* ha fallado por unanimidad a favor del enternecedor relato *Vuelta a casa*, una reflexión descarnadamente realista sobre los estragos de las enfermedades mentales en las personas mayores. Si el estatuto deontológico de las obras literarias las define por tratarse de ficciones *verosímiles*, sin lugar a duda podemos afirmar que esta historia, no solo tiene apariencia de verdadera (*ergo* real), sino, especialmente, de parecer absolutamente creíble y cercana a la realidad de tantas personas que nos rodean, sin necesidad de postularse ni en un punto en lo fingido o en la construcción ficticia. Como dice el narrador, nos las vemos con “situaciones alegres, tristes, escatológicas, desesperantes, absurdas...” de una mujer que se enfrenta a la “desgastadora batalla rutinaria” de una enfermedad en la que la madre anciana “se aleja cada vez más” de la cordura, embarcada en un doloroso camino sin retorno por “desaprender todas aquellas normas de educación inculcadas (...) décadas antes de iniciarse el expurgo en su saturada memoria”.

Sin embargo, lejos de contar el dolor de la pérdida de la consciencia de la madre, este relato -contado por un narrador-personaje en primera persona que participa, por tanto, en los hechos que narra- desde la ternura y la jocosidad que provocan el “caótico cruce de cable” de la coprotagonista; frente al desgarrar que provoca esa batalla, el hijo, protagonista que vive el día a día de la progresiva desconexión neuronal de su progenitora, opta por una poderosa arma de choque: el buen sentido del humor; no en balde nos recuerda la ciencia que cuando reímos, el cerebro libera dopamina, la hormona de la felicidad. Solo así, es posible que Pedro – o San Píter, ese San Pedro que puede ser cuatro personas a la vez, el idiota al que tratar con la distancia de un frío “usted”, o el Pico o el Pedrolo, o Luismi o Agustín o la tía Marta... para la inconexa cabeza de esta divertida octogenaria- alivie sus miedos y sus tensiones diarias y le ayude a resistir los momentos a los que debe hacer frente; la risa, pues, como una válvula de escape para no morir de realidad.

En efecto, no en pocas ocasiones la narración mueve al lector en una escala de sentimientos que van desde la risa tenue a la carcajada hilarante ante los desmanes de esta madre “punk”. La jocosidad esconde paradójicamente el dolor de la pérdida de la madre convertida en hija; el narrador, un periodista que vuelve a casa años después para cuidar de su progenitora, siente que vive una situación onírica donde se han intercambiado los roles de la maternidad: en lugar de ser la madre la que protege al hijo de los peligros del mundo, es el descendiente quien la arropa y quien la protege con una ternura tan infinita que conmueve hasta tal punto que, como escribe el narrador, provoca en el hijo y en el lector ganas “de comérsela a besos”. Frente a otras realidades que leemos o escuchamos al tratar a las personas mayores, el autor del relato propone vivir le vejez y las enfermedades mentales desde el amor sin límites y la paciencia imperecedera.

En este sentido, parece no casual que el narrador del relato cite la magdalena de Proust; del mismo modo que al protagonista de *Por el camino de Swann* (primera entrega de *En busca del tiempo perdido*), el recuerdo que le provoca el sabor de una masa dulce recién hecha mojada en té lo sumerge en el recuerdo nítido de la infancia, los besos y las caricias que le profesa el hijo suponen “un pasaporte a la infancia”, donde el vástago se convierte, inevitablemente, en papá y mamá de una madre que cada día es menos su mamá y más una inocente hija.

Además de Marcel Proust, el narrador, redactor leído y culto, refiere referencias intertextuales más o menos explícitas a diversos artistas; Cervantes, al aludir a ese tinto de verano sin alcohol que funciona de “bálsamo de Fierabrás” para la ascendiente; o el néctar con que se alimentaba el mismísimo dios Baco; el divertido cuadro de la madre engullendo una galleta que le recuerda *Saturno devorando a sus hijos* de Goya; la referencia a C. J. Cela cuando recuerda el “carpetovetónico” concepto patrio de practicar un “san Píter” cada vez que la madre lo ignora, completamente enajenada a su preguntas; o, en fin, al poeta Paul Éluard cuando cita la conocida frase: “Hay otros mundos, pero están en este”, para explicar el *imaginario materno*.

Enhorabuena, Julio Montesinos Barrios, por tratar un tema tan desgarrador que afecta a la realidad de la mujer, asunto que plantea la temática de este certamen, desde una forma tan elocuente y conmovedora que, como postula el narrador, devuelve la esperanza en los seres humanos que proponen la risa franca y el calor afectivo como lenguaje con el que comunicarse con los seres más desvalidos.